

# **Breve historia de los Templarios**

Historia de las órdenes militares:  
volumen 2

# **Breve historia de los Templarios**

Historia de las órdenes militares:  
volumen 2

José Ignacio de la Torre Rodríguez



**Colección:** Breve Historia  
www.brevehistoria.com

**Título:** *Breve historia de los Templarios.*  
*Historia de las órdenes militares volumen 2*

**Autor:** © José Ignacio de la Torre Rodríguez

**Director de colección:** Luis E. Íñigo Fernández

**Copyright de la presente edición:** © 2021 Ediciones Nowtilus, S. L.  
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid  
www.nowtilus.com

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Diseño y realización de cubierta:** Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición impresa:** 978-84-1305-140-6

**ISBN impresión bajo demanda:** 978-84-1305-141-3

**ISBN edición digital:** 978-84-1305-142-0

**Fecha de edición:** marzo 2021

Impreso en España

**Imprime:** QUARES Salesforce S.L.

**Depósito legal:** M-1119-2021

*A mis sobrinas Daniela y Telma.*



# Contenido

Prólogo.....	13
Capítulo 1. ¡Dios lo quiere!.....	15
La petición de auxilio de Bizancio .....	15
Clermont, 27 de noviembre de 1095 .....	17
Camino de Jerusalén.....	20
El reino de Jerusalén .....	23
Capítulo 2. Origen de la Orden del Temple .....	31
La Orden del Hospital.....	32
Hugo de Payns .....	34
Nace la Orden del Temple .....	36
Organización .....	42
Primeros pasos.....	42
Las primeras donaciones en Europa .....	45

Capítulo 3. El complejo encaje del Temple dentro de la Iglesia .....	49
La regla .....	49
San Bernardo de Clavalar .....	54
El <i>Elogio de la Nueva Milicia</i> .....	57
Los símbolos distintivos de la Orden .....	62
Ropajes.....	62
La cruz templaria.....	63
El pendón.....	64
El sello .....	64
Los críticos .....	66
Apoyo papal .....	69
Capítulo 4. La organización de la Orden.....	73
El Maestre .....	75
La elección del maestre .....	78
Los dignatarios .....	80
1. El Senescal.....	81
2. El Mariscal .....	81
3. Comendador de la tierra y del reino de Jerusalén .....	83
4. El abanderado.....	84
5. El comendador de la ciudad de Jerusalén .....	84
Jerarquías provinciales .....	84
1. Comendadores provinciales .....	85
2. Visitadores.....	87
Los hermanos caballeros .....	87
El ritual de entrada .....	90
Los hermanos capellanes.....	94
Los sargentos .....	96
Capítulo 5. Los templarios y la guerra.....	101
La guerra santa, guerra justa .....	101

El caballero templario en combate .....	104
El equipamiento del caballero.....	109
Las tropas auxiliares: turcopolos, vasallos y escuderos .....	112
Capítulo 6. Los templarios en .....	115
Tierra Santa.....	115
La mezquita de Al-Aqsa, .....	115
cuartel general templario .....	115
Los castillos templarios .....	123
La defensa del reino de Jerusalén .....	127
La Segunda Cruzada.....	130
Los ataques al Egipto fatimí.....	135
Los últimos años del reino de Jerusalén.....	139
Saladino .....	141
Los cuernos de Hattin y la pérdida de Jerusalén .....	144
Acre, la nueva capital.....	149
Las cruzadas posteriores.....	150
La pérdida de Acre (1291) .....	156
Capítulo 7. Territorio y finanzas .....	163
Las donaciones .....	163
El testamento de Alfonso I el Batallador.....	166
El castillo de Calatrava.....	169
Las encomiendas .....	171
La encomienda de Paris .....	175
Los templarios como banqueros .....	178
Capítulo 8. El final de los templarios .....	183
El Gran Maestre Jacobo de Molay .....	184
Rodas, nuevo cuartel general de los hospitalarios .....	187



Felipe IV <i>el Hermoso</i> de Francia .....	189
Los rumores.....	191
La conspiración de Nogaret .....	192
Clemente V .....	195
La idea de unión de ambas órdenes .....	196
Viernes 13 .....	198
Acusaciones, torturas y confesiones.....	203
La intervención papal .....	209
La muerte del Gran Maestre .....	216
La maldición de Jacobo de Molay.....	220
Pero, al final, ¿los templarios .....	221
son o no son culpables?.....	221
El pergamino de Chinon .....	225
La supresión de la Orden en la península ibérica:	
Aragón, Mallorca, Castilla y Portugal .....	225
Aragón .....	226
Mallorca .....	229
Castilla .....	229
Portugal.....	232
 Nace el mito.....	 235
 Fuentes bibliográficas .....	 253
Bibliografía general.....	257

# Prólogo

El mundo de los templarios, la Orden del Temple, siempre ha atraído la fascinación de la gente, sea por su historia, como ejemplifica el cine y la televisión, con la película «El reino de los cielos» (2005) y la serie «Knightfall» (2017-2018) respectivamente, sea por ese halo de misterio que la rodea, por su carácter enigmático, profundo, íntimo, casi clandestino, que se originó desde el mismo momento de su nacimiento. Nacida al calor de las cruzadas, la Orden morirá con ellas.

De la destacada pluma de José Ignacio de la Torre, gran conocedor de la etapa medieval, nos adentramos en los entresijos de una comunidad imposible, religiosa (cristiana católica) y militar a la vez, un concepto incompatible para muchos teólogos de la época. A lo largo de ocho capítulos, el autor nos presenta la vida y el mundo de los templarios. Desde su misión inicial de proteger a los peregrinos a Tierra Santa asistiremos a la creación de un verdadero «imperio» económico, un «estado dentro del

estado», que a la fin y a la postre será el origen de su caída, pues no supo amoldarse a los nuevos tiempos que circulaban por Occidente, como sí hicieron otras órdenes, como los hospitalarios y los teutónicos.

Creada con objeto de defender los caminos del nuevo reino de Jerusalén, se convirtió en su principal sostén, su ejército propio en la práctica. La pérdida de Tierra Santa dejó a la Orden sin referencia, sin su razón de ser. Su riqueza, su influencia política, su poder, le granjeó numerosos enemigos que trabajarían para su perdición. Su caída y ruina, tan rápida como imprevista, ha sido el caldo de cultivo de numerosas tesis conspirativas, que la han mantenido en el imaginario popular a día de hoy.

Nos adentramos, pues, en un mundo desaparecido pero fascinante a los ojos del hombre de hoy en día tal cual es el universo templario, ya misterioso en su época, no porque tuviera nada que ocultar, sino que, como buena hermandad que era, tenía sus propias normas que no debían ser reveladas a extraños. De esta forma, desconocemos en gran parte cómo funcionaba internamente la Orden, lo que dio pábulo a sus detractores, que se han mantenido hasta la actualidad.

El autor nos traslada a la época mediante una selección de textos que nos permite vivir en primera persona la atmósfera y el ambiente en el que se movieron los templarios, lo que nos permite conocerlos y comprenderlos mejor. Este libro es, pues, una pequeña joya de la historiografía, que a buen seguro deleitará al lector exigente.

Luis Amela Valverde  
Doctor en Prehistoria e Historia Antigua por la  
Universidad de Barcelona  
Doctor en Humanidades, Arte y Educación por la  
Universidad de Castilla-La Mancha

# 1

## ¡Dios lo quiere!

### LA PETICIÓN DE AUXILIO DE BIZANCIO

A mediados del siglo XI, nada hacía presagiar la tormenta que medio siglo después iba a descargar sobre Palestina. Los dos grandes poderes de la región, el Califato Fatimí de Egipto y el Imperio de Bizancio, se encontraban en buenos términos y la guerra parecía cosa del pasado. La vida de las diversas comunidades era pacífica; las autoridades musulmanas se encargaban de mantener la paz entre las diversas religiones y, gracias a ello, la economía prosperaba y el comercio fluía con los cristianos que peregrinaban a Tierra Santa, como llevaban haciendo desde muchos siglos atrás.

Los problemas, aquellos que desestabilizarán toda la región, vendrán de Asia Central, donde un nuevo poder, el representado por los turcos selyúcidas, quienes se han

hecho con el control del Califato Abasí y están avanzando sin mayores problemas por Siria y Armenia, amenazando las fronteras bizantinas.

En 1071, los Selyúcidas liderados por Alp Arslan vencieron a los bizantinos en Manzikert (Malazgirt, Turquía), al este de Anatolia. La derrota bizantina fue total; incluso cayó prisionero el propio emperador Romano IV Diógenes quien, tras ser obligado a firmar las paces con los turcos, regresará a Constantinopla para ser depuesto, cegado y mandado al exilio. Los años siguientes van a ser muy complicados para Bizancio. El nuevo emperador Miguel VII no era el hombre que el Imperio necesitaba, y en 1073 los turcos atacaron de nuevo. En una serie de campañas de gran eficacia, sus ejércitos victoriosos ocuparon Siria, Palestina y gran parte de Anatolia, donde fundaron el sultanato de Rüm.

Constantinopla era un completo caos. Los problemas en el oeste con los normandos de Sicilia, en Tracia con los búlgaros, y ahora con la pérdida de una buena parte de su territorio, habían sumido al imperio en una situación límite. Miguel VII es derrocado en 1078 por Nicéforo III, quien tampoco conseguirá detener a los turcos y será también depuesto. Su sucesor Alejo Commeno, quien subirá al trono en 1081, logrará frenar esta gran sangría, poniendo paz en los territorios occidentales del Imperio para, en 1085, conseguir un tratado de paz con los turcos que restauraba para Bizancio la región de Nicomedia y las costas anatólicas del mar de Mármara. Durante los años siguientes, más por intrigas políticas que por hechos de armas, Alejo Commeno consiguió reforzar su posición. En 1092 morirán los dos personajes más importantes del sultanato turco, primeramente el visir Nizam al-Mulk y muy poco después el sultán Malik Shah I, hijo del vencedor de Manzikert,

cuya desaparición dará comienzo a un importante periodo de desestabilización en el sultanato. La crisis del poder central, como era habitual en los imperios de la época, hizo brotar por doquier movimientos secesionistas, que afectaron a la mayoría de las provincias que lo componían. Sin embargo, Alejo no supo o no pudo sacar provecho de esta favorable situación: Bizancio había quedado muy debilitada. No obstante, lo intentó: para conseguir las tropas que le hacían falta, giró su mirada hacia Occidente, reclamando al papa que le enviase ayuda militar. Él esperaba un contingente mercenario, pero las cosas no sucedieron exactamente como las había previsto el emperador bizantino.

## CLERMONT, 27 DE NOVIEMBRE DE 1095

En verano de 1095, el papa Urbano II se encontraba de viaje por Francia invitando a los obispos franceses a reunirse con él en Clermont en noviembre. En octubre se encontraba en Cluny, cenobio al que se encontraba muy ligado, pues este papa había sido prior de dicho monasterio antes de ser ordenado cardenal obispo de Ostia por su predecesor Gregorio VII, consagrando el altar mayor de la gran basílica que el abad Hugo había mandado construir. El apoyo de Cluny y los benedictinos serán fundamentales para la política de Urbano II y la Cruzada.

El Concilio de Clermont comenzó el 18 de noviembre de 1095 con un objetivo claro: poner coto a la venta de cargos eclesiásticos, la simonía y el nicolaísmo, los dos grandes vicios del clero medieval, y en general implantar en la Iglesia la reforma, llamada gregoriana en honor de su predecesor Gregorio VII, que básicamente suponía imponer la supremacía papal en cualquier tema de interés de

la Iglesia, que en la época eran básicamente todos. Pero el papa, de forma sorpresiva, convocó una sesión pública de todo el pueblo para realizar un anuncio importante que quería que llegase a todo el mundo, a toda la Cristiandad que lo reconocía como su líder religioso.



Urbano II marcha a Clermont para el concilio. El papa predica la cruzada delante de los dignatarios eclesiásticos.

«Pueblo de los francos, pueblo de más allá de las montañas, pueblo elegido y querido por Dios (...). Queremos que sepan qué lúgubre motivo nos ha conducido a sus fronteras, qué situación urgente, que les compete a ustedes y a todos los fieles, nos ha traído aquí. Desde las fronteras de Jerusalén y la ciudad de Constantinopla ha surgido una terrible noticia y ya con mucha frecuencia ha llegado hasta nuestros oídos: el pueblo del reino de los persas [se refiere a los turcos], pueblo extranjero, pueblo totalmente ajeno a Dios, *generación que no gobierna su corazón y cuyo espíritu es infiel a Dios* ha invadido las tierras de aquellos cristianos» (Roberto el Monje).

Tras plantear el problema presentado recordando la grave situación que se vive en aquellos territorios ahora conquistados por esos sin Dios, por esos extranjeros que derriban altares e iglesias, que esclavizan y matan a todos los cristianos que encuentran con extrema crueldad, el papa dirigiéndose a todos los presentes, plantea la respuesta que se debe dar:

«Considera, por lo tanto, que el Todopoderoso te ha provisto, tal vez, para este propósito, que a través de ti Él pueda restaurar Jerusalén de tal degradación. Medita, te ruego, cuán lleno de gozo y deleite estarán nuestros corazones cuando veamos la Ciudad Santa restaurada (...). Si ni las palabras de las Escrituras te despiertan, ni nuestras advertencias penetran en tus mentes, al menos deja que el gran sufrimiento de aquellos que desean ir a los lugares sagrados te despierte» (Guibert de Nogent).

El papa exhorta a la Cristiandad y en especial a los francos para que se preparen para acudir a Oriente en ayuda de los hermanos bizantinos y liberar los Santos Lugares de la «degradación» (en palabras del obispo Guibert que acudió al concilio) a la que se hallaban sometidos por la conquista turca.

El papa era consciente de su inusual solicitud, estaba pidiendo que tanto los caballeros como el pueblo llano abandonasen todo, se armasen y comprasen pertrechos para una aventura muy arriesgada donde muchos de ellos dejarían la vida. Para convencer a los fieles que se adhiriesen a la Cruzada, el papa les ofrece la absolución de sus pecados y, de este modo, un acceso –digamos– privilegiado al Paraíso.

«Todos los que mueran por el camino, ya sea por tierra o por mar, o en la batalla contra los paganos, tendrán remisión inmediata de los pecados. Esto



les concedo por el poder de Dios con el que estoy investido. (...) Deje que los que van no pospongan el viaje, sino que alquilen sus tierras y recojan dinero para sus gastos; y tan pronto como termine el invierno y llegue la primavera, emprenda con entusiasmo el camino con Dios como su guía» (Fulquerio de Chartres).

La petición es clara, el papa solicita que los cristianos se armen y marchen bajo el signo de la cruz con Cristo como guía a ayudar a los bizantinos y liberar Jerusalén y Tierra Santa. Sin embargo, hay una segunda derivada, Urbano II intenta canalizar la violencia de los caballeros y la falta de oportunidades para los segundones de familia nobles que no ven salida para ellos en Occidente en la consecución de un objetivo muy difícil, quizás inalcanzable, que suponía una gran aventura de armas con una recompensa segura, sea la victoria militar o la muerte santificada. La cruz que los miembros de la expedición portarán en sus ropajes será la señal de esta adhesión.

## CAMINO DE JERUSALÉN

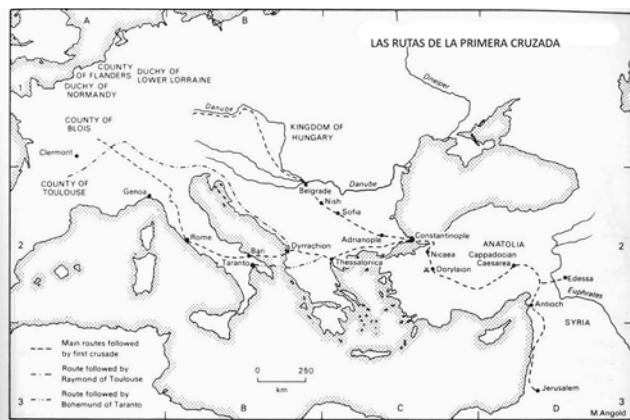
La propuesta del papa tuvo un éxito fulgurante. Tanto las potenciales recompensas materiales como la segura recompensa espiritual tras la muerte animaron a las multitudes. Los caballeros mostraron rápidamente su entusiasmo y el papa, de regreso a Roma tras el concilio, recibió por todas partes noticias de la adhesión de los belicosos nobles a su propuesta. Los príncipes cristianos se unen con entusiasmo al movimiento cruzado, reúnen a sus vasallos de armas y todos ellos, con gran fervor religioso, abrazan la cruz.

En paralelo al movimiento iniciado por el papa, que involucraba esencialmente a los hombres de armas de la Cristiandad, aparecen otros movimientos como el

de Pedro el Ermitaño, que reúne a millares de hombres y mujeres del común que se unen para partir hacia Oriente y que puede ponerse en marcha más rápido al no dejar nada atrás salvo miseria. Se la conoce como la cruzada popular, y se pondrá en marcha en abril de 1096. Sin embargo, su destino será aciago: provocará muchos más problemas que soluciones y, como cabía esperar, habida cuenta de la falta de instrucción militar de sus desesperados miembros, terminará derrotada y disuelta al entrar en contacto con los turcos en Anatolia.

Los caballeros, al contrario de lo que sucede en la cruzada popular de Pedro el Ermitaño, necesitan más tiempo para prepararse. No solo han de equiparse adecuadamente para la guerra, allegándose armas y pertrechos, sino que además tienen que dejar cerrados todos los asuntos referentes a sus propiedades y bienes en sus lugares de origen. A pesar de ello, en otoño de 1096, el primer contingente ya se encuentra en disposición de partir. Sin embargo, ningún monarca cristiano encabeza la cruzada, ya que, casualmente, en este momento de 1096 los tres reyes europeos principales se encuentran excomulgados o con serios problemas con Roma: el emperador germano Enrique IV, por oponerse a la reforma gregoriana y preferir el sistema anterior, que le daba el control de la Iglesia en sus dominios; Felipe I de Francia, por haber repudiado a su esposa y mantener una relación extramatrimonial con la mujer del conde de Anjou, a la sazón su vasallo, y Guillermo II de Inglaterra, por alimentar una disputa con el obispo Anselmo de Canterbury, partidario de la reforma gregoriana, que había tensado la relación con Roma al punto de la excomunión. Así, a falta de un líder natural ungido por Dios, el mando de la cruzada quedará en manos del obispo de Le Puy, Ademar de Monteil, nombrado para este efecto legado apostólico. Pero Ademar no es un militar y los cruzados, en su mayoría francos, se reorganizarán

según su propia jerarquía feudal de sus lugares de origen: Los flamencos se reunirán en torno al conde de Flandes, Roberto II; los normandos seguirán a su duque curiosamente también llamado Roberto; los del Languedoc se alinearán con el conde de Toulouse, Raimundo IV, y



Las rutas de la primera cruzada. *Atlas of Medieval Europe*, p. 86.

los caballeros del rey de Francia obedecerán a Hugo I de Vermandois, hermano menor de Felipe I.

Aunque la mayor parte de los caballeros son de origen franco, el segundo conjunto más importante proviene del Sacro Imperio, de aquellas tierras del emperador Enrique IV. Entre ellos el más conocido será Godofredo de Bouillon, duque de Baja Lorena, quien junto con sus hermanos Eustaquio y Balduino –futuro primer rey de Jerusalén– y tras vender sus tierras a los obispos de Lieja y Verdún, abrazará la cruz y se incorporará al contingente cruzado.

Junto con francos y caballeros del Sacro Imperio, a la cruzada también acudirán italianos, e incluso ingleses, y no todos serán nobles acompañados de su ejército personal; habrá también hombres de armas a caballo, infantería y todo un conjunto de servidores, artesanos y mercaderes que acompañaban tradicionalmente a cualquier ejército europeo del siglo XI.

Tras muchas vicisitudes y problemas con el emperador Alejo de Bizancio, que no había recibido del papa precisamente lo que solicitase años atrás, aunque acabó por ayudar a los cruzados a pesar de todo, el ejército expedicionario consigue atravesar Anatolia y enfrentarse a los turcos. De forma sorpresiva e inesperada, tras diversos encuentros de armas con el enemigo, el ejército cristiano se encuentra al fin, casi tres años después de su partida, frente a las murallas de la ansiada Jerusalén, en ese instante dominada por los ejércitos fatimíes, que la habían arrebatado a los turcos el año anterior.

## EL REINO DE JERUSALÉN

Los cruzados llegaron a las murallas de la ciudad el 7 de junio de 1099. Siguiendo su tradición militar, la sometieron a un fuerte asedio, pero Jerusalén resistía a cada intento cristiano de asaltar sus muros. Tras el último fracaso del día 13 de junio, los cruzados se decidieron por construir ingenios de asedio adecuados. El ataque definitivo se produjo el 14 de julio y en la mañana del día 15 los cristianos consiguieron tomar las primeras torres del circuito defensivo pudiendo entrar por la brecha a las calles de la ciudad. Las crónicas cuentan que se produjo una gran matanza indiscriminada de los defensores que no solo alcanzó a los guerreros, sino también a la población civil. La toma de Jerusalén anunció una nueva época.



Asedio de Jerusalén (1099).

Tras la toma de la ciudad, ¿qué hacer ahora? Los cruzados nunca habían pensado qué hacer en caso de victoria. Dos son las opciones que se plantearon, devolver las tierras

conquistadas al emperador bizantino o gestionarlas los vencedores. La primera de las opciones era la más lógica pues era aquella que había animado a la cruzada, la ayuda a los hermanos bizantinos. Sin embargo, los líderes cruzados consideraban que, como el emperador no solo no había ayudado en nada a la expedición, sino todo lo contrario, pues les había intentado boicotear forzándoles a que le jurasen obediencia y al negarse aquellos a impedirles el paso del Bósforo, no contaba ahora con derecho alguno a reclamarles las tierras que solo con su esfuerzo habían conquistado. Eliminada la opción de devolver las tierras a Alejo I, quedaba únicamente la opción de que los territorios conquistados deberían ser conservados por ellos mismos con un líder con el título de rey de Jerusalén. El escogido por los nobles fue el conde Raimundo de Toulouse, pero sorpresivamente rechazó tal honor por considerar que él no podía reinar donde Jesús había sufrido. Tras la negativa del conde de Toulouse, los nobles pensaron en Godofredo de Bouillon, caballero reconocido por su bravura y por su religiosidad. Pero Godofredo tampoco aceptará el título real sino el de *Advocatus Sancti Sepulchri* «Protector del Santo Sepulcro».

Sin embargo, Godofredo no ocupará su privilegiado cargo demasiado tiempo. El 18 de julio de 1100, dos años después de ser elevado de entre el resto de la nobleza, Godofredo murió.

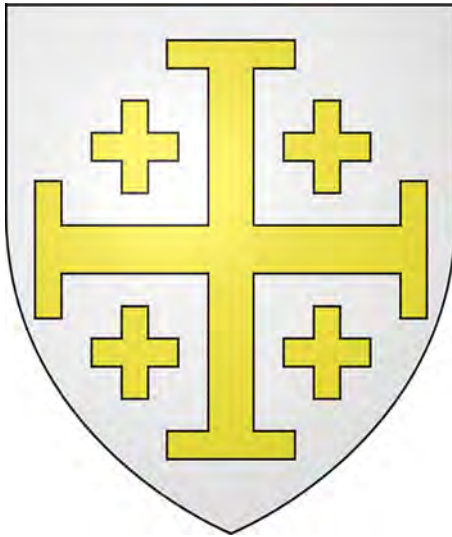
Tras la muerte de Godofredo, los poderes fácticos en Jerusalén llamarán a Balduino, el hermano menor de Godofredo, quien en este momento se encontraba en Edesa, para marchar a Jerusalén y encargarse de la herencia del difunto. Balduino no va a tener los mismos escrúpulos que Godofredo y sí va a aceptar el título real, haciéndose coronar en una fecha tan señalada como el día de Navidad en la localidad de Belén.



Godofredo de Bouillon nombrado Protector del Santo Sepulcro.  
Federico de Madrazo. Museo del Prado.

El naciente reino era en este momento extremadamente frágil, el rey más que un soberano era considerado por el resto de los nobles un *primus inter pares* (el primero entre sus iguales) lo que suponía que sus órdenes apenas

eran obedecidas y los levantiscos caballeros cruzados se dedicaban a conquistar territorios desde donde poder ejercer su autoridad de forma casi autónoma respecto a la autoridad real. Por ello Balduino organizará su reino a imitación de lo que sucedía en Occidente, con el mismo modelo feudal que todos ellos conocían. Una división de la tierra en dos partes, una de ellas propiedad directa del monarca –el llamado dominio real– que incluía las principales fortalezas del reino como Tiro, Acre o la propia Jerusalén, y una segunda parte que es repartida entre los grandes señores y caballeros cruzados de forma proporcional a su intervención en la campaña. Así van a surgir



Escudo de armas del rey de Jerusalén.



los condados de Jaffa (localidad desgajada del dominio real en 1110), el señorío «del otro lado del Jordán» o Transjordania, el condado de Edesa o el de Ibelín que, aunque es posterior, es de los más conocidos gracias al cine por la película *El reino de los cielos* de Ridley Scott (2005). Todos los caballeros recibieron tierras y recursos suficientes como para mantener al caballero, convertido en señor, y a una pequeña tropa.

A cambio de estas tierras que el rey cedía a sus caballeros y nobles, todos ellos deberían servir como vasallos del rey prestando homenaje feudovasallático y obligándose a acudir con sus tropas a la llamada del rey por un periodo de 4 meses al año como máximo.

Aunque Balduino intentó dotar a sus tierras de una estructura propia unificada, sin embargo, los primeros años del reino van a ser muy complicados por falta de organización y falta de suficientes aportes humanos como para cubrir todas las necesidades de los territorios conquistados. La llegada de nuevos cruzados desde Occidente se va a realizar muy despacio y nunca en volumen suficiente, pues el único acceso a Palestina se realizaba por mar ya que el emperador bizantino, según su opinión traicionado por los cruzados, quienes no le habían entregado los territorios comprometidos, había bloqueado el acceso por tierra. En esta tesitura los cristianos apenas conseguían mantener controladas las localidades principales y su poder llegaba donde llegaba la punta de su espada. La inseguridad era por tanto un mal crónico del naciente reino, y sobre todo en las rutas de peregrinación en aquellos puntos alejados de las principales fortalezas cristianas. Los peregrinos que acudían a Jerusalén eran permanentemente atacados por bandidos en búsqueda de botín y frecuentemente asesinados. Recordemos, el garantizar el libre acceso a los Santos

Lugares había sido uno de los principales motivos que había aducido Urbano II para promocionar la Cruzada.

En cierto sentido, pese a la conquista del territorio, si el reino de Jerusalén no era capaz de garantizar la seguridad en los caminos, su propia existencia quedaba comprometida. Este hecho se encuentra en la base del nacimiento de las órdenes militares en Tierra Santa.



# 2

## Origen de la Orden del Temple

Las noticias de la conquista de Jerusalén llenaron toda Europa de esperanza y de euforia. Tras 1099 muchos caballeros quisieron acudir a la llamada de la Cruzada, ya sea por motivos espirituales o, más frecuentemente, por la posibilidad de enriquecimiento que ofrecía el reino de Jerusalén si eras lo suficientemente osado y capaz. A su llegada a Tierra Santa, esos caballeros comenzaron a agruparse entre sí en función de aquellos motivos o razones que les habían impulsado hacer el viaje. Algunos de ellos se juntaron en torno a las iglesias, monasterios u hospitales, adoptando formas de tipo asociativas y de apoyo mutuo no muy diferente de la que los laicos tenían con las diversas casas religiosas en Europa.

Antes del surgimiento de la Orden del Temple, aparecerá en escena la Orden de San Juan del Hospital, actualmente conocida por todos nosotros como la Orden

de Malta (*Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta*). Esta Orden surgirá —como veremos— con unos postulados radicalmente diferentes, por lo que, pese a lo largo de los dos siglos de convivencia de ambas órdenes, pudieran llegar a ser consideradas como idénticas, y es que ambas, pese a la rivalidad que mantendrán, se influirán mutuamente hasta el punto de que, para los musulmanes, ambas órdenes mostrarán un frente idéntico y serán considerados enemigos formidables.

## LA ORDEN DEL HOSPITAL

Como hemos mencionado en el capítulo anterior, la situación del recién conformado reino de Jerusalén era tremendamente inestable. La falta de dinero, organización y hombres suficientes para defenderlo con eficacia provocaba que los caminos fueran muy peligrosos por la actividad de múltiples grupos de bandidos que atacaban, principalmente, a peregrinos occidentales que acudían a los Santos Lugares y que, en su mayoría, se encontraban desarmados.

En Jerusalén ya existía un hospital consagrado a San Juan en 1048, regido por cristianos, cuya misión principal era de asistencia a todos aquellos peregrinos que habían conseguido llegar hasta la ciudad. En torno a 1080 será nombrado prior un benedictino llamado Gerardo Tum quien lo regirá durante el conflictivo periodo de la llegada de los turcos y la Primera Cruzada.

Tras la conquista de la ciudad, el hospital de San Juan siguió funcionando, pero ahora, con el apoyo de las nuevas autoridades, recibió unas primeras donaciones que le permitieron realizar sus funciones de forma más desahogada. Gracias a este apoyo, Gerardo pudo abrir más hospitales, siguiendo el modelo del de Jerusalén, a lo largo

de toda la ruta que tradicionalmente transitaban los peregrinos, incluso abrió hospitales en Europa donde también se necesitaba este modelo asistencial. Al tiempo que recibía las donaciones económicas, Gerardo Tum fue recibiendo la adhesión de múltiples individuos que querían compartir ese mismo estilo de vida basado, como ya hemos dicho, en el modelo benedictino-cluniacense de su prior.



Grabado con la efigie del fundador de la Orden del Hospital, Gerardo Tum.

El 15 de febrero de 1113, el papa Pascual II promulgó la bula *Pie Postulatio Voluntatis* (*petición voluntaria hecha con devoción*), en la que reconocía el valor del trabajo de Gerardo Tum y sus acólitos con la fundación de una nueva Orden de tipo religioso, la Orden de San Juan del Hospital, que adoptará tanto parte de la regla benedictina como de la de San Agustín en un modelo conceptualmente nuevo: la Orden quedará sujeta tan solo al papado sin posible intervención de ningún poder territorial concreto. Gerardo será considerado el fundador y el primer maestro; la gente que trabajaba con él pasarán a ser considerados hermanos hospitalarios.

## HUGO DE PAYNS

El nacimiento de la Orden del Temple se vincula a la figura de Hugo de Payns, su fundador y primer maestro. Muy pocos datos tenemos de su vida. Guillermo de Tiro dice que era natural de la localidad de Payns, una pequeña villa a orillas del río Sena, localizada a unos pocos kilómetros al noroeste de Troyes (dept. de l'Aube), capital por aquel entonces del condado de Champaña. Se cree que nació hacia 1070 y pronto entraría en la corte de la familia condal como un caballero de rango menor, a cuyo servicio estará durante toda su juventud y parte de su primera edad adulta. Debido a que su señor el conde Hugo decidió no participar en la Primera Cruzada, de Payns no acudirá a la llamada de Urbano II. Sin embargo, Hugo I de Champaña sí viajará a Tierra Santa unos años después, en 1104, siendo acompañado, entre otros muchos, por su vasallo Hugo de Payns.

Desconocemos lo que pasó durante los siguientes tres años; no sabemos si Hugo de Payns estuvo en alguna acción militar o no, pues no tenemos datos, pero sin duda

tuvo tiempo de aprender el modo de vida que se estaba fraguando en el reino de Jerusalén y hacer unos primeros contactos. En 1107, el conde Hugo de Champaña regresará a Europa y su súbdito con él. En 1108, Hugo de Payns se casará con Elisabeth de Chappes, hija de otra familia vizcondal como él, que pertenecería también a la corte de Champaña, de cuyo matrimonio nacieron 3 hijos y una hija: Gibuín, el heredero del título nobiliario cuyos descendientes se podrán rastrear hasta la Guerra de los Cien Años; Thibaud, futuro abad de Santa Colombe de Saint-Denis-lès-Sens, Isabelle y Herbert.

En 1114, ambos realizarán un segundo viaje a Jerusalén. De nuevo, como sucedió en el precedente, no tenemos ninguna noticia de las razones que animaron este viaje del conde: ¿peregrinaje, participar en acciones militares, otras gestiones? Lo cierto es que Hugo de Payns se acababa de quedar viudo, por lo que quizás una de sus motivaciones era alejarse de sus dominios para pasar de la forma más adecuada el duelo. Sin embargo, cuando dos años más tarde el conde regrese a Europa, no regresará con su vasallo, sino que este permanecerá en Tierra Santa.

Hugo de Payns en 1114 debía ya ser reconocido como un famoso hombre de armas pues ese mismo año se cree que se encomendó a la iglesia del Santo Sepulcro bajo la autoridad del Patriarca y de la Corona de Jerusalén, la más importante de todas las del reino, como su «protector» a cargo de un grupo de hombres de armas que servirían como guardia de seguridad para la protección del Santo Sepulcro. Es probable que los futuros primeros templarios fuesen otros miembros del mismo grupo. En los siguientes años, Hugo de Payns madurará la idea que le llevará a fundar la nueva Orden, aprovechando a estos caballeros más comprometidos con la parte devota de la Cruzada que querían llevar su visión, digamos, un paso más allá de



donde se había llegado y que no encontraban forma de encauzar sus deseos.



Église du Saint-Sépulcre à Jérusalem.

Iglesia del Santo Sepulcro. Grabado decimonónico.

## NACE LA ORDEN DEL TEMPLO

«En este mismo año [1118], ciertos hombres nobles, hombres de caballería de fila, hombres religiosos, devotos de Dios y temerosos, limitándose al servicio de Cristo en manos del señor Patriarca, prometieron vivir en perpetuidad como canónigos regulares, sin posesiones, bajo votos de castidad y obediencia. Sus primeros líderes fueron el venerable Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer.

Puesto que no tenían ninguna iglesia ni ningún domicilio fijo, el rey les dio por un tiempo un lugar como vivienda en el ala sur del palacio, cerca del Templo del Señor. Los canónigos del Templo

del Señor les dieron, con ciertas condiciones, un cuadrado cercano en el palacio que los canónigos poseían. Esto, los caballeros lo usaron como campo de entrenamiento. El señor rey y sus nobles hombres y también el señor Patriarca y los prelados de la iglesia les dieron los beneficios de sus dominios, algunos por un tiempo limitado y algunos en perpetuidad. Estos debían proveer el alimento y la ropa de los caballeros.

Su deber primario, uno que fue impuesto sobre ellos por el señor Patriarca y los otros obispos para la remisión de pecados, era proteger los caminos y las rutas contra ataques de ladrones y de brigadas. Esto para salvaguardar especialmente a los peregrinos» (Guillermo de Tiro).



Grabado medieval en el que vemos a Balduino II en el momento de recibir a Hugo de Pays y a Godofredo de Saint-Omer.

Con este breve texto despacha el cronista Guillermo de Tiro, fuente básica de conocimiento sobre el mundo de los cruzados, el nacimiento y los primeros pasos de

la futura Orden militar. Entre 1118 y 1119, Hugo de Payns ya tenía madurada su idea y tenía ya a sus primeros seguidores, gracias a su cercanía a la Corona de Jerusalén -representada por Balduino I hasta 1118 y posteriormente por Balduino II- y al Patriarca de Jerusalén Arnulfo de Chocques -quien también morirá en abril de 1118 como el monarca siendo sustituido por Garmond de Picquigny-, pudo solicitar a ambos y con éxito que le permitiesen formar una comunidad propia e independiente de la iglesia del Santo Sepulcro. Una comunidad al estilo de la Orden de San Juan del Hospital.

Las crónicas mencionan junto a Hugo de Payns a Godofredo de Saint-Omer, quizás su mano derecha y probable copartípe del nacimiento de la Orden. No se cita a nadie más, aunque estudios más actuales ponen nombre a los otros primeros templarios: Andrés de Montbard (futuro 5º maestre), Gundemaro, Godofredo, Roral -o Rossai-, Payen de Montdésir, Godofredo Bisol y Archambaud de San Agnan o Sant Anian, pero es una conjetura. De hecho, en realidad tampoco sabemos siquiera cuántos eran (si 9 o 12 como apuntan algunos cronistas), ni su procedencia o posición social. Como ya hemos dicho es probable que todos fuesen los miembros protectores de la iglesia del Santo Sepulcro que tenían a Hugo de Payns como líder, pero es una simple especulación. La misión de esta nueva Orden aparece clara en Guillermo de Tiro: *proteger los caminos y las rutas contra ataques de ladrones y de brigadas*. Esto para salvaguardar especialmente a los peregrinos. ¿Cómo lograr este objetivo? La respuesta será muy controvertida y dividirá a los teólogos cristianos.

En 1120, el grupo recibe su primer apoyo decidido. El Patriarca de Jerusalén dará su aprobación a la nueva comunidad bajo su autoridad espiritual durante el concilio

de Nablus de enero de 1120 (el canon 20 referirá: *si un clérigo coge las armas como defensa, no sea considerado culpable*), obligándoles a jurar y cumplir los votos de castidad, pobreza y obediencia.

Por su parte, el rey de Jerusalén Balduino II les dará como sede de la Orden su palacio en la explanada del templo, la mezquita de Al-Aqsa, construida, así como su hermana la mezquita de la Roca, en el lugar donde muchos siglos atrás se instaló el templo del rey. Los cruzados consideraron equivocadamente la mezquita de Al-Aqsa como los restos del Templo de Salomón, no como lo que era, una verdadera mezquita musulmana construida *ex novo* a inicios del siglo VIII. De esta confusión la nueva Orden tomó el nombre por el que será conocido, los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón (*Pauperes Commilitones Christi Templique Salomonici*) o de forma abreviada, la Orden del Temple. En esta nueva ubicación se instalará el cuartel general de la Orden hasta la caída de la ciudad en 1187, momento en el que fue recuperada por Saladino, sultán de Egipto.

El rey también les dotó de suficiente capacidad económica, con 150 besantes anuales pagaderos por las iglesias de Jerusalén, de buen o mal grado, hasta que fue sustituido por tres villas en 1160. Si tenemos en cuenta que un besante es una moneda de oro con un peso teórico de 13,6 gramos, podemos inferir que los templarios tenían una suficiente capacidad económica para realizar su misión asignada.

¿Cómo explicar este apoyo repentino a la nueva Orden? Recordemos que hemos mencionado como un problema crónico del reino la falta de hombres suficientes para defenderlo y la inseguridad en los caminos. De repente, una serie de caballeros, de forma altruista pero con un alto grado de compromiso con el sentido espiritual

de la Cruzada, se presentan voluntarios para realizar esa tarea tan complicada. A cambio, tan solo solicitan un lugar donde establecerse y ser dotados del dinero necesario, ni más ni menos, para poder desarrollar de forma efectiva su misión.



Vidriera con representación idealizada de Hugo de Payns. Iglesia de Sant James, Manorbier, Pembrokeshire, Gales. Nótese que en la leyenda que acompaña a la efigie dice erradamente que fue el fundador de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Los caminos eran realmente peligrosos. Según el viajero persa del siglo XI Nasir Kushraw, el camino que conducía al este de Acre a Al-Rama estaba asediado por *hombres desordenados, que atacaban a cualquiera a quien consideraban un extraño para robarle todo lo que tenía*. Lo mismo se podía decir de un tramo del camino que conduce de Ramala a Jerusalén, donde los viajeros sufrieron los ataques de los aldeanos cercanos que finalmente fueron expulsados de sus escondites de montaña y asesinados por Orden de Balduino de Edesa (futuro Balduino I de Jerusalén). El peregrino Saewulf, que recorrió Tierra Santa en 1102-1103, y el abad Daniel, que viajaría por la región tres años después, se sorprendieron del enorme nivel de violencia de los bandidos en los caminos de Jaffa a Jerusalén y de Jerusalén al río Jordán, a Hebrón, a Galilea, y en Baysan. La situación no mejoró unos años más tarde cuando el abad Ekkehard de Aura estaba recorriendo Tierra Santa en algún momento situado entre 1110 y 1115.

Por otro lado, recordemos también que hemos señalado que la organización del reino en dos dominios, el real y el señorial, suponía que la nobleza se comprometía a acudir a las guerras del rey por un periodo no superior a los 4 meses, por lo que cada acción bélica suponía un importante desgaste de negociación del rey con cada uno de los nobles, quienes, a su vez y sobre todo los más importantes, tenían su propia agenda guerrera. El monarca debía calcular muy bien cada acción ofensiva que realizaba por necesitar siempre el apoyo de esa nobleza. Los templarios rompían esta situación a favor del rey, pues estaban siempre disponibles para él en cualquier momento, un cuerpo militar profesional preparado para la guerra y eso, en este momento de debilidad y de falta de hombres de armas, suponía una enorme ventaja por pocos que fuesen estos primeros templarios.

## ORGANIZACIÓN

Pese a lo que dice Guillermo de Tiro, quien escribió unos 70 años después de los hechos narrados, que *prometieron vivir en perpetuidad como canónigos regulares, sin posesiones, bajo votos de castidad y obediencia*, no tenemos pruebas claras de la forma de vida que tuvieron estos primeros templarios. Parece lógico pensar que adoptaron el modelo hospitalario de la regla de San Agustín y los votos de castidad y obediencia a un superior como dice el cronista, pero no hay pruebas.

Con todo, recordemos que no es una Orden monástica tradicional por múltiples aspectos, quizás el más importante y, el que como dijimos más problemas traerá a los teólogos, es que los miembros de la Iglesia tienen prohibido combatir y verter sangre, pero ¿cómo iban a proteger los caminos y al reino sin derramar sangre de los enemigos?

Por otro lado, los templarios, también diferenciándose de las otras órdenes religiosas, van a admitir entre sus filas a caballeros con compromiso temporal, no de forma definitiva para toda la vida. De este modo, a lo largo de los casi dos siglos de su existencia, y sobre todo en las Cruzadas, muchos hombres de armas van a incorporarse a sus filas por un periodo concreto de tiempo, engrandeciendo al Temple y al tiempo siendo beneficiados por el honor y el prestigio que suponía formar parte de tan destacada Orden.

## PRIMEROS PASOS

A los pocos meses de su fundación, el conde de Anjou Fulco V se une o asocia a la Orden, pero con ese carácter temporal mencionado anteriormente. Su apoyo, tanto por ser el primer gran apoyo por parte de un noble como por que

Fulco de Anjou se convertirá en 1131 en rey de Jerusalén, será fundamental en estos primeros años. Fulco no solo se asociará sino que de su propio bolsillo mantendrá a dos caballeros durante un año. En 1125, un ya anciano Hugo de Champaña, el señor feudal de Hugo de Payns, también se incorporará a los templarios tras ceder sus dominios a su sobrino Teobaldo IV de Blois. Al año siguiente, Hugo de Champaña morirá en Palestina.

Ambos condes entregarán extensas donaciones a la nueva Orden en sus territorios de origen. Además, el ejemplo de estos dos grandes señores será un importante catalizador para futuras nuevas adhesiones que, junto con el aumento de sus filas, traerán nuevas donaciones económicas en Occidente y en Tierra Santa garantizando la supervivencia de la Orden.

Hacia 1125, la Orden templaria se encuentra ya establecida en Jerusalén, sus filas poco a poco van aumentando, las donaciones económicas son cada vez más numerosas y tiene el reconocimiento de las autoridades civiles y eclesiásticas del reino. Sin embargo, no ocurre lo mismo en Occidente, pese a recibir unas primeras donaciones obra de los condes de Anjou y de Champaña, no consiguen del papado el respaldo necesario. Godofredo de Saint Omer y Andrés de Montbard entre 1121 y 1124 realizarán diversos intentos de conseguir la aprobación papal a la Orden, pero Calixto II siempre se mostrará reticente a dar su aprobación. Sin duda, el tema de una Orden religiosa que empuña las armas y las usa es un problema fundamental.

En 1127, Hugo de Payns viajará a Occidente con otros cinco hermanos. Regresa después de 13 años convertido en representante del rey de Jerusalén Balduino II para solicitar de Honorio II que convoque una segunda cruzada o que al menos, movilice nuevos contingentes de guerreros que acudan a Tierra Santa por la extrema necesidad de gente que hacía falta allí y concretamente para un



proyectado ataque a Damasco. En una segunda derivada, el maestre templario tiene la misión de convencer al conde de Anjou Fulco V, quien como dijimos había estado ligado a la Orden en 1120, para que regrese a Jerusalén y se case con Melisenda, la hija y heredera de Balduino II y, de este modo, se convierta en su sucesor. Tras la aparentemente extraña petición, reside el interés del monarca de proteger la herencia de su hija casándola con un poderoso señor que, en su primera y única visita a Tierra Santa, había dado muestras de su espiritualidad, de su valentía y capacidad de mando. Por último, la intención más importante por la que Hugo de Payns había abandonado la seguridad de su palacio en el Monte del Templo a su avanzada edad, era conseguir la aprobación papal.

Hugo de Payns encontrará dificultades al igual que sus compañeros unos años antes, pero esta vez el papa no podrá mirar hacia otro lado ante una Orden cada vez más poderosa y con contactos hasta en las principales cortes nobiliarias francesas. Para tomar la decisión sobre el futuro de los templarios, el papa decide trasladar su decisión a un concilio a cuyo frente situará al cardenal Mateo de Albano, un benedictino francés convertido en legado papal para este evento.

Pese a la aparente neutralidad que supone la celebración de un concilio, todo estaba perfectamente preparado a favor de los templarios. En primer lugar, el concilio se celebraría en Troyes, feudo del difunto Hugo de Champaña (templario) y de Hugo de Payns (maestre), en segundo lugar, buena parte de los asistentes eran ya decididos partidarios de aprobar a la nueva Orden, como el conde de Champaña Teobaldo o como el abad de la abadía cisterciense de Claraval, Bernardo, uno de los hombres más destacados de su siglo y posteriormente canonizado (San Bernardo de Claraval). San Bernardo, jugará un papel

crucial en los años siguientes promoviendo y protegiendo a los templarios como los únicos y verdaderos caballeros de Cristo.

De esta forma, el 23 de enero de 1129, el gran deseo de Hugo de Payns y de sus hermanos se cumplió, la Orden fue aprobada y se dotó de una regla de corte benedictino complementada con la regla de los canónigos de San Agustín.



El Patriarca de Jerusalén corona a Fulco de Anjou y a Melisenda.

## LAS PRIMERAS DONACIONES EN EUROPA

Desde el mismo momento del nacimiento de los templarios, la Orden fue agraciada con toda una serie de donaciones y prebendas por parte del rey Balduino II y el patriarca

de Jerusalén, así como de buena parte de la nobleza cruzada asentada en Tierra Santa. Sin embargo, la Orden no era aún conocida en Occidente salvo por algún cruzado que hubiese regresado a su casa en esos años, tal es el caso del conde de Champaña o el conde de Anjou, personajes muy importantes que se ligaron a la recién nacida Orden.

El viaje de Hugo de Payns a Europa, en su intento de la aprobación de la Orden y en cumplimiento de la misión secreta para el rey de Jerusalén, también buscaba recibir donaciones de la nobleza europea que permitiesen mantener la estructura de la Orden en Jerusalén. Las primeras donaciones fueron de los mismos templarios y sus familias hacia la Orden. El maestre Hugo donó algunos terrenos en sus dominios de Payns, Godofredo de Saint-Omer donó la casa que poseía en Flandes y Payans de Montdesir donó su señorío de Fontaine (dept. de Somme), en Picardía.

Hugo de Payns, realizó un viaje por los principales lugares de Francia para presentar a la nobleza su proyecto de Orden y obtener así su apoyo ante el inminente concilio. En marzo, el conde de Flandes Guillermo Clito entregó a los templarios los impuestos adeudados por quienes heredaron un feudo, digamos, el impuesto de sucesión. En octubre, el conde de Champaña fue extremadamente pródigo con ellos, permitiéndoles explotar algunas de sus posesiones pertenecientes a la castellanía de Sézanne, en Barbonne (dept. de Marne), y accediendo a que sus súbditos realizaran otras donaciones siempre que los impuestos a él debidos se siguiesen pagando. Ya en 1128, Hugo de Payns se encuentra en Anjou para cumplir la misión encomendada por su rey Balduino II y donde asiste el 31 de mayo a la ceremonia de la toma de la cruz por Fulco V de Anjou. Ese mismo día, el maestre templario cierra una disputa entre la abadía de Marmoutier en Tours y Hugo de Ambroise, un fiel vasallo de Fulco que también abraza la cruz. En junio, se traslada a Poitiers para

recibir una donación de Pedro II, señor de La Garnache. Posteriormente cruzará el canal con dos caballeros recibiendo diversas donaciones tanto en Inglaterra como en Escocia.

En fin, como podemos ver, el maestre templario no perdió el tiempo y en algo más de año y medio lo podemos ver en algunas de las cortes del norte de Francia más importantes de su época, donde sin duda pudo presentar su proyecto y lo que significaba. Mientras, sus compañeros Hugo de Rigaud y Raimundo Bernaud hacían exactamente lo mismo en las cortes nobiliarias del mediodía francés e incluso en la península ibérica. Su éxito fue evidente habida cuenta de las donaciones recibidas y adhesiones de nuevos miembros.